

DEL HOGAR AL ESPACIO PÚBLICO. PALABRAS NÓMADAS DE LAS MUJERES DEL NUEVO MUNDO

Los recientes estudios sobre el feminismo han mostrado cuantos pasos hacia adelante se han producido por el proceso de desarrollo de la mujer como sujeto autónomo y como ser en relación a los demás, sobre todo al sexo masculino.

La reformulación de los conceptos de “espacio”, “género” y “sexo” han sido de fundamental importancia para postular el papel de la mujer en la sociedad.

El espacio, a veces conflictivo, a menudo inseguro, sirve en realidad para delimitar las identidades sin ninguna exclusión.

Los espacios surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia (McDowell, 1999: 15).

No más un “no lugar” ideado por Marc Augé donde la gente transita sin pararse evitando el encuentro con el otro. No más individuos fantasmas, desprovistos de cualquier símbolo de identidad social, metidos en un espacio anónimo asexual donde el género no cuenta. Sino un lugar que, gracias a sus límites variables y móviles, ha permitido la superposición y el cruce entre espacios diferentes y la instauración de las relaciones entre géneros.

Por identificación del género, premisa fundamental para la creación social y cultural del sujeto, se entiende el reconocimiento de la diversidad y de la pluralidad, sin volver a una diferencia de categoría entre hombres y mujeres, fuertemente arraigada en el pensamiento occidental. Diferencia de categoría y de sexo sobre la cual cada sociedad se ha basado para definir las relaciones de superioridad y de inferioridad y las relaciones de poder generadoras de desigualdades. Esta división binaria resulta jerárquica y dispone de manera rígida las estructuras de las identidades personales, el sistema relacional y las dinámicas sociales en general.

Son estas las premisas a partir de las cuales, en la segunda mitad del siglo XX, se reformula

la estructura del pensamiento feminista y se otorga a la mujer el estatuto de sujeto memorable como ser visible en la historia.

La temática femenina empieza a ser objeto de conocimiento y se reorganizan los discursos ideológicos sobre el género, que contribuyen a dar un sentido al pasado histórico de las mujeres. Un pasado fragmentario, trazado y juzgado desde una posición canónica, fundamentalmente masculina, propensa a silenciar, ignorar o desvalorizar las voces femeninas, que hay que reconstruir juntando pedazos de existencia de los que a menudo es complicado recoger los testimonios. El silencio impuesto a las mujeres hizo difícil la creación de una historia unificada que privilegia el poder masculino y relega la mujer a una vida familiar y doméstica lejana de la esfera pública.

Si para el hombre el amor no suele ser sino el momento en que se enamora, para la mujer el amor es la inmanencia, la entrega, la selección de un modo de vida durable hasta la muerte: concebir a los hijos y criarlos. Para el hombre, el matrimonio no es un fin en sí; la mujer permanece en los patios interiores, apaga las antorchas, termina la tarea del día. Cuando es joven hace la reverencia, baila los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire (Encinar et al., 2006: 22-23).

Se intenta entonces encender esa luz que ilumine un espacio donde la mujer pueda tener voz propia y donde pueda incorporar sus historias volviendo a escribirlas en su especificidad, transformándose en sujeto activo y productor de un discurso propio, una respuesta a ese masculino.

El quinto centenario de la Conquista inaugura un proceso de análisis del género en América Latina con el intento de recuperar la producción de estudios coloniales y dar inicio a una serie de reflexiones e investigaciones sobre el papel de la mujer indígena.

Gracias a las noticias provenientes de los cronistas de la época del descubrimiento, sabemos que los primeros habitantes del Nuevo Mundo luchan a lado de los guerreros contra el invasor extranjero.

La historia de la Gaitana representa un modelo de análisis válido como símbolo de autonomía y de resistencia en la cultura colombiana: es una cacica respetada y con gran influencia sobre las tribus de la región, que consigue aliar numerosos pueblos contra el enemigo europeo. Es una imagen que en realidad evade de los modelos femeninos

canónicos, parecido al de la Malinche, la mujer indígena que sirvió de interprete y guía al condotiero español Hernán Cortés durante la conquista del imperio azteca entre 1519 y 1521. Figura controvertida, la Malinche traspasó los límites del tiempo y las fronteras geográficas para convertirse en símbolo poliédrico: es la primera Eva mexicana, madre de la nueva raza mestiza, pero también traidora y enemiga de la patria, responsable de la conquista española.

La Malinche histórica fue especial por su propio carácter fuerte, por su astucia e inteligencia, por su gracia natural y belleza tanto física como espiritual. Rompió con los estereotipos de su género y su clase. Es irónico que sus acciones hayan sido consideradas en términos negativos la mayor parte del tiempo, por influencia de un paradigma formado por ideologías limitadas. La Malinche debe ser considerada como una mujer de su tiempo — como esclava y como objeto sexual — pero que nos muestra a la vez las posibilidades de sobrepasar los límites impuestos por la cultura y la ideología (Osorio et al., 1997: 20).

Es el retrato de la mujer indígena sometida, pasiva, convertida a señora católica y madre de un hijo “híbrido”. Creadora o engañadora, Doña Marina es también la que, en el momento en el cual empieza a utilizar una lengua común como instrumento de comunicación, toma conciencia de sí, logra una voz material, tangible y se encamina hacia la construcción de su ser social y político que alcanzará el máximo cénit a finales de la época colonial.

No se puede hablar todavía de actividad literaria femenina, de absoluto dominio masculino: la concepción española medieval heredada del Nuevo Mundo tuvo un papel decisivo en las raíces misóginas de América Latina. La educación y la formación intelectual de la mujer representan una violación de su castidad, causa de su degradación moral. Su producción está considerada un género menor: las memorias, la poesía lírica y las novelas románticas están dedicadas fundamentalmente a esa esfera privada del ser humano desde siempre relacionada al mundo femenino, que manifiesta los sentimientos y las emociones. Sin embargo, la conciencia de poder formular un discurso paralelo al de los hombres, coloreado de fantasía y emotividad, llevó a la búsqueda de un espacio desde el cual hablar y ser escuchadas. El amor por las letras y la necesidad de iniciar un diálogo con los hombres que les permitiera introducirse en la historia han hecho que las primeras escritoras latinoamericanas se refugiaran en la soledad del convento donde cultivar su pasión y empezar su proceso de formación literaria. La voz en las letras lleva de nuevo a la idea de

la escritura como construcción-deconstrucción de la identidad.

La escritura conventual comprende obras de monjas comisionadas por autoridades eclesiásticas con la intención de mantener el control sobre las religiosas. Los confesores, de hecho, utilizan los cuentos bien con un fin didáctico moral-religioso o bien para sancionar los que no respetan las normas que regulan los comportamientos y la vida monacal: su interés no está dirigido tanto a las dotes literarias de la devotas como a la salud de sus almas y a sus inquietudes espirituales.

Sujetos que a partir de concepciones y prácticas religiosas y de espiritualidad desarrollan la piedad interior y las devociones íntimas, se vuelcan sobre su propia intimidad y empiezan a mirarse a sí mismos con conciencia, a autoconocerse y reconocerse en su individualidad, compleja y contradictoria, a definirse en su autonomía de acción y decisión, en su capacidad para atribuir sentidos a las experiencias que viven y para dar estructura y lenguaje a la subjetividad (Guardia, 2007: 26).

No es difícil hallar la paradoja: la escritura confesional orientada al perfeccionamiento espiritual de las religiosas y a la homogeneidad de las conciencias según rígidos modelos de virtud y santidad, permitió el nacimiento y la creación de identidades individuales que huyen a este modelo y empiezan a manifestarse en su autonomía y a mostrar su compleja condición personal (Guardia, 2007: 26).

La vida en convento proporciona a las mujeres de letras más oportunidades de las que tendrían fuera. Mientras algunas obras se censuran o hasta se destruyen, otras se utilizan para contar la vida de los santos o son autobiografías en las cuales las religiosas desahogan las inquietudes del alma y al mismo tiempo proporcionan información significativa sobre su vida privada y social en el convento.

Para entender el estructurado mundo conventual hispanoamericano, es necesario mencionar la situación peninsular donde, entre los siglos XV y XVII, se produce un efervescente desarrollo de letras sagradas, surgidas de las experiencias místicas y visionarias.

Además, la estética barroca europea influencia la americana revelándose particularmente problemática y traduciéndose en el emblemático caso de Sor Juana Inés de la Cruz, una de las personalidades que más luchó por la libertad de pensamiento y contra las autoridades eclesiásticas rígidas y autoritarias.

Suor Juana [...] non riesce a risolvere i paradossi e le contraddizioni tra desiderio di modernità e fedeltà alla tradizione, tra condizione femminile e determinazione di affermarsi come “sapiente”, tra la coscienza della caducità del mondo e la percezione della sua bellezza, tra la propria volontà di conoscenza e i limiti imposti dalla cultura dominante (Tedeschi et al., 2008: 98).

Ella escoge el convento para cultivar la pasión por el saber que, superando el espacio íntimo de la oralidad y a través de la escritura, llega a ese público. Denota una intensa tensión entre fe y conocimiento: exige el derecho a la educación y a los trabajos intelectuales, la posibilidad de desarrollar una vida creativa compatible con su religiosidad. Sor Juana, la “Décima musa de México”, funda una tradición en la escritura de las mujeres latinoamericanas volviéndose un punto de referencia tanto en ámbito social, interpretando la necesidad de los derechos de las mujeres, como literario, por su personal brillo y su imagen combativa entre lo religioso y lo profano.

Después de Sor Juana el entero continente suramericano se llena de poetisas, de mujeres que lloran por sus fracasos amorosos o que hablan de su ser mujer.

Las escasas experiencias, la relegación al ámbito doméstico o monacal, la concentración en la intimidad, en lo cotidiano, inducen a muchas mujeres escritoras a hablar de sí mismas. Se nota la falta de una relación entre lenguaje y realidad, entre experiencia y escritura, fundamental en la construcción del sujeto: el conocimiento transmitido a través del lenguaje se hace visible y produce identidad. La experiencia por lo tanto es lo que se ha vivido transformado en signo, en discurso, se modela en la subjetividad y en la historia y dialoga con la cultura y con sus códigos de representación determinando identidad y diferencia.

Literatura: letra dura producida en el encuentro entre una huella experiencial y una huella escrituraria, un trazo, un grafo. Escritura: fin de un trayecto en el cual coagula un saber producido en dos momentos, el primero mueve tanto lo semiótico fraguado en la chora materna (sensaciones, percepciones, ritmos, pre-sintaxis), como lo inconsciente, ya espacio de significaciones; el segundo de resistencia, insistencia y elaboración, momento de borradores y tachaduras que, finalmente, se estabilizan en una producción. Experiencia literaria: destiempo de la alucinación, revelación del instante, de lo sensorial, de lo visual, de lo olfativo, de lo primigenio; huella secreta que el trabajo de escritura trasvasa a un nuevo tiempo espacio de producción (Mattalía, 2003: 29).

La escritura, pues, es un testimonio de la experiencia y del sujeto; asimismo, la literatura se

puede definir una aventura. La práctica literaria es escena privilegiada para la representación de la subjetividad y como lugar de confrontación.

Para ser escritora hay que tener experiencias, relacionadas con aventuras; vivencias fuertes que quedan impresas en la memoria, convertidas luego en material para la escritura (Mattalía, 2003: 27).

Es a finales del siglo XVIII que la mujer abandona su posición estática y pasiva, entra siempre más en contacto con los eventos políticos de su país y consigue superar una cultura de herencia española que la ve transgresora de los límites impuestos.

Las raíces trasplantadas por la Ilustración europea empiezan a dar sus brotes en Suramérica también y a implantar los valores del Viejo Continente, donde la función de la mujer estaba tomando otra dirección: comenzaba a delinearse su papel en la sociedad, en casa y en familia.

A pesar de que los conceptos de emancipación y de conciencia femenina sigan siendo deformados, se notan ahora los primeros gérmenes de la revuelta.

El aumento de las tasas, decidido por las reformas borbónicas en la Nueva España, es uno de los primeros motivos de protesta: de hecho las mujeres, administradoras del hogar, registran una bajada del nivel de vida.

Cuando la política se infiltra en el ambiente doméstico, la mujer empieza su proceso de reflexión: está dispuesta a defender y a luchar por su patria para la creación de un nuevo país. El momento decisivo es representado por una crisis interna a la España que, empeñada en la abdicación de Carlos IV y la huida de Fernando VII, deja a la deriva sus colonias siempre más deseosas de independencia.

Los movimientos revolucionarios independentistas aprecian una participación activa de las mujeres, resueltas partidarias de la causa criolla. La mayoría de ellas presentan un papel maternal hacia la Independencia: se ocupan de los soldados, les preparan comida y curan sus heridas, ofreciéndoles un soporte indispensable para la moral de las tropas. En unos casos llegan a utilizar las armas en los campos de batalla: recordamos la argentina Juana de Azurduy que obtiene el título de Teniente Coronel en el ejército de Manuel Belgrano o Francisca de Zubiaga que combate en el Alto Perú.

El nombre de otras mujeres queda indisolublemente relacionado con el de los héroes de la

revolución: Manuela Sáenz y Rosa Campuzano, las amantes de Simón Bolívar y José de San Martín respectivamente, fueron completamente absorbidas por sus hombres, a pesar de su activismo en las campañas de liberación.

Algunas mujeres organizan actividades subversivas, actúan como mediadoras o como espías y son asesinadas por esto. Otras están condenadas por el “delito de seducción”, es decir, acusadas de embaucar a los soldados para obtener informaciones: así serán ejecutadas en Méjico Carmen Camacho y María Tomasa Estévez y Salas.

La vida privada y la sexualidad de las mujeres durante la guerra de Independencia se convierten en un tema de seguridad política.

Otras todavía luchan por la igualdad absoluta entre mujer y hombre: Flora Tristán, mujer combativa y aventurera de principios del siglo XIX, es considerada la precursora de la unión universal del proletariado y una de las grandes fundadoras del feminismo moderno; Amanda Labarca Huberston, pionera feminista chilena de finales del Ochoientos, está convencida de la diferencia y complementariedad entre hombre y mujer, ambos necesarios para la comprensión y la construcción de la humanidad. Estas son las suposiciones a partir de las cuales abraza la causa feminista y educativa y considera indispensable que todos los seres humanos descubran sus intereses, cultiven las propias pasiones, sin seguir caminos señalados por factores externos. Las mujeres también deben de ser dueñas de su destino, expresar su esencia y valorar sus experiencias.

Mencionamos aun la colombiana María Cano, líder sindical, mujer rebelde y transgresora del poder oficial, que en los años veinte empieza una lucha política y practica el feminismo reclamando la libertad de las costumbres sociales. Es ahora oficial el nacimiento de mujeres militantes políticas.

Algunas fomentan incluso las tertulias para difundir las ideas del movimiento Ilustrado e inventar estrategias para la rebelión.

Los salones literarios sancionan el acto de nacimiento de la escritura femenina durante el período independentista, un proyecto cultural en constante lucha contra una sociedad patriarcal y normativa que las mujeres intentan subvertir a través de la redacción de textos revolucionarios.

Juana Manuela Gorriti, heroína argentina de la independencia peruana, representa una figura ejemplar de liberación femenina: una escritora patriótica que, razonando sobre los

hombres, establece al mismo tiempo un debate, posicionándose como desafiante y transgresora del orden establecido. A los salones literarios participa también la peruana Clorinda Matto de Turner, la primera mujer en América del Sur que publica una revista que sostiene la educación de la mujer y el conseguimiento de los derechos humanos y legales de las minorías. El precio que paga por desafiar las normas de la iglesia católica, el gobierno, el ejército y los preceptos de la alta sociedad de Lima es muy elevado y se concluye con el exilio.

Junto con Clorinda y la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, pionera de la novela indianista y de la narrativa en defensa de los negros, luchan todas esas mujeres suramericanas que tienen valentía y fuerza para salir de su aislamiento; utilizan la palabra percibiendo una nueva verdad no solo individual, sino también social. Desobedecen a un sistema patriarcal que guía la conducta femenina y que distribuye de manera jerárquica derechos y deberes entre hombres y mujeres y al mismo tiempo se “alían” con los oprimidos y con los pobres: denuncian, se indignan y escriben sobre las clases subalternas de la sociedad. Gracias a su conciencia social, se convierten en cronistas de un mundo de explotados y de una sociedad que no protege ni respeta a las mujeres, rescatan el devenir histórico y afrontan las reglas establecidas y las injusticias que las oprimen como individuos sociales, culturales y políticos. Su rebelión y desobediencia las llevan a tomar parte de la memoria colectiva creando modelos de conducta que les permiten abrir nuevos espacios donde participar. Buscando una nueva voz dentro de sí, consiguen expresarse fuera de los cánones y de los límites impuestos por el orden patriarcal, estableciendo una búsqueda de sentido propio y encontrando los ingredientes para una nueva identidad.

La literatura se vuelve por tanto un modo para intervenir en el mundo, para redescubrir y renovar el femenino, para reafirmar la conciencia de ser mujer desde una nueva posición, la de ente histórico; una liberación individual que le permite insertarse en el tejido social y en la historia cultural.

Los escritos de las mujeres del Nuevo Mundo nacen dentro de una relación de poder, la del patriarcado y en una época, entre Ochocientos y principios del Novecientos, que es un momento importante por coincidir con el triple proceso de descolonización, formación de los estados nacionales y neocolonialismo. A partir de este momento América Latina se pone en el centro de un proceso de indagación que llevará a una reformulación de su imaginario

y de sus relaciones con el externo, sobre todo con España y Norteamérica.

La revisión de este imaginario implica también la figura de la viajera y de la escritora, ambas en medio de un choque para debelar su destino y abatir las barreras impuestas, que empiezan a superar para reunirse con un colectivo de mujeres, todas ocupadas en la lucha por ser diferentes con respecto a las etiquetas atribuidas en el curso del tiempo y de la historia.

El nuevo proceso de formación personal está subordinado al concepto de identidad nacional, fuertemente vinculado este último a la influencia de los movimientos independentistas y a las nuevas formas de imperialismo, británico y francés, portadores del capitalismo, que se implantan entre 1870 y la Primera Guerra Mundial.

Ambos mecanismos, además de la herencia del colonialismo español, establecen un referente cultural, una suerte de comunicación con y sobre el otro, permitiendo medirse con parámetros culturales diferentes de los suyos. En la diferencia es posible encontrar las bases para construir la homogeneidad de la identidad. En los libros de viajes hispanoamericanos se interpreta esta relación dialéctica entre yo/otro, bárbaro/civilizado, colonia/metrópoli, hombre/mujer.

Si el Imperio tiene poder para producir a sus Otros, un poder que se gesta en la encrucijada de discursos que produce, la mujer no deja de ocupar una posición de alteridad. La viajera descubre a lo largo de su periplo que el imaginario imperial no se ajusta a la vivencia de las tierras visitadas y es en ese desajuste donde encuentra a un Otro que le sirve de espejo, invitándola a revisar la misma categoría mujer que la define (Ferrús Antón, 2011: 117).

Aun en el siglo XIX se pretende mantener en vigor la función de la mujer como “madre de la patria”: en la cambiante sociedad hispanoamericana ella tiene que representar el anillo de conjunción de la familia y de la patria entera. Pero, gracias a su mayor presencia pública, se encuentra ahora frente a la posibilidad de cambio.

La incursión de la mujer en la esfera pública altera las normas del contrato sexual. La viajera escenifica esta ruptura, pues pone en cuestión los límites entre los discursos y hace visible la arbitrariedad de categorías que se presentaban como naturales. Además la viajera-escritora consigna un nuevo sistema de valores desde el que representar el mundo, desde el que armar un contra-discurso, pero también desde el que juzgar el conocimiento y el modo en que éste cobra vida en la escritura (Ferrús Antón, 2011:28).

Es el Romanticismo que ofrece a la mujer, a nivel literario, la posibilidad de encontrar una nueva subjetividad pese a que sigue siendo relegada al espacio del sentimiento, de la domesticidad y de la maternidad.

El previsible hecho de que los ambientes domésticos tengan una presencia mucho más destacada en los relatos de viajes escritos por mujeres que en los escritos por hombres (en estos últimos hasta resulta difícil encontrar una descripción del interior de una casa) no responde, pues, simplemente a una cuestión de diferentes esferas de interés o pericia, sino a modos diversos de constituir el conocimiento y la subjetividad. Si la tarea de los hombres era recoger y poseer todo lo demás, estas viajeras buscaban en primer lugar y por sobre todo recogerse y poseerse a sí mismas. Su reclamo territorial fue el espacio privado, un imperio personal de las dimensiones de una habitación (Pratt, 1992: 259).

Las perspectivas ideológicas y estéticas románticas constituyen, pues, las fundamentas sobre las que se construye la literatura de viaje.

La escritura de viaje articula la propuesta de identidad: no se trata de la página blanca que las crónicas de Indias tuvieron que escribir, sino de una identidad a reformular, individual y colectiva, que descompone las relaciones entre colonia/imperio y se interpone en el proceso de reinención ideológica de América. Una identidad colectiva sobre todo entre mujeres que lleva a la constitución de una subjetividad romántica, íntima y privada, pero que logra abrir las puertas de la domesticidad.

De su condición sabemos algo incluso gracias a los libros de viaje de escritoras extranjeras. Las españolas Eva Canel y Emilia Serrano, por ejemplo, viajan al continente americano en la segunda mitad del siglo XIX por motivos familiares: la primera acompaña a su esposo, la segunda se marcha después de una depresión causada por la muerte de la hija y del marido. Ambas quedan fascinadas por las maravillas de esas tierras que sus antepasados conquistaron, por la belleza de las colonias ahora perdidas hacia las cuales sienten nostalgia. Las escritoras reflexionan sobre la unión iberoamericana, sobre la identidad común entre colonias y madre patria y reivindican al mismo tiempo la diversidad y el poder intelectual del continente, tanto del punto de vista histórico y natural como cultural. A través de su mirada nostálgica hacia el pasado imperial intentan recuperar la proyección maravillosa y utópica del espacio americano.

Cuentos costumbristas y diarios son las fórmulas utilizadas por Eva Canel en *De América:*

viajes, tradiciones y novelitas cortas (1889) y en *Lo que vi de Cuba* (1916).

Desde la pluma de Emilia Serrano, baronesa de Wilson, saldrá *Maravillas americanas* (1910) y *América y sus mujeres* (1890), como las obras más relevantes sobre América Latina donde leyenda y autobiografía se mezclan. Apasionada desde pequeña por los viajes de Cristóbal Colón, está influenciada por Humboldt y también por los grandes viajeros del siglo XIX. Considera el continente suramericano “obra predilecta de Dios (Serrano, 1890)”, un campo a indagar como leyenda romántica y como mito prehispánico, tierra maravillosa con un tamaño gigantesco y solemne que huye al intelecto y vuelve todas las plumas impotentes para describir sus prodigios y “los colores muy pálidos para que el pincel los reproduzca (Serrano, 1890)”.

Queda fascinada por las mujeres intelectuales de esa tierra, ocupadas en la creación de un colectivo femenino.

Y el Creador, recreándose en tantas maravillas, las completó dotando
á la mujer de tan risueño edén con típica hermosura, con alma generosa
y corazón ardiente, habitado por nobles sentimientos y excelsas virtudes (Serrano, 1890).

Encuentran un lugar en sus obras otras escritoras como Eduarda Mansilla, autora de una “obra ingeniosa y amena (Serrano, 1890)”, que, a lado de su marido, viaja y permanece bastante tiempo en Europa y en América del Norte. Eduarda busca en el canon estético europeo el modelo a seguir para fundar la literatura nacional argentina. Europa es un punto de referencia obligado a tomar como ejemplo para la cultura, el buen gusto y la distinción. Sus *Recuerdos de Viaje* (1882) representan el primer libro publicado por una mujer argentina, en el cual, después de una estancia en los Estados Unidos, cuestiona a los yankees, a partir de un análisis de los valores de la burguesía. La situación de continuo movimiento le asigna un cosmopolitismo espiritual que influye incluso en su carrera literaria, marcada por el papel de mediadora cultural. Atenta observadora de los países que visita, que representa oficialmente como interlocutora de dos mundos, intentando acercar a sus connacionales a valores diferentes de los propios, queda siempre vinculada a su tierra, a ese inmenso e ignorado sur del mundo del cual sin embargo evidencia contradicciones, fallos e injusticias de los hecho políticos y sociales de la época, poniendo en evidencia la fusión entre su vocación literaria y su pasión política. Eduarda es reflejo de la profunda

movilidad de fines del Ochocientos que promueve tanto los desplazamientos intercontinentales como los viajes hacia el interno del país.

Protagonistas de estos desplazamientos son personajes femeninos que luchan por redefinir el vínculo entre subjetividad, viaje y escritura. Sin duda consigue su propósito la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Sus *Memorias* (1914) son notas en forma epistolar de un viaje de Cuba a España efectuado en 1838 y experimentado según la perspectiva americana: una inversión entre observador/observado, entre explorador/explorado en la cual Gertrudis se convierte en una suerte de mediadora entre el Viejo y el Nuevo Mundo. A través de la escritura de viaje es posible realizar esa transformación en escritora profesional, en autora y personaje a la vez que sirve a completar el proyecto de construcción de la identidad, a través de la cual reivindica su doble condición de criolla y mujer.

Flora Tristán también, francesa de ascendencia hispano-peruana, está convencida del poder de la palabra para producir cambios sociales. Figura importante del feminismo moderno, es autora de uno de los principales escritos de viaje después de la Independencia. *Pérégrinations d'une paria* (1839) es la memoria de su viaje a América y de su estancia en Perú entre 1833 y 1834, una obra que, a pesar de estar escrita y publicada en Francia, pertenece al patrimonio literario de Perú. Es un género nuevo y audaz de memorias femeninas, diario íntimo y de viaje, novela de aventura. La escritora se vuelve testigo de la independencia de Suramérica, criticando duramente la sociedad peruana y dando su revolucionario punto de vista sobre la esclavitud, la opresión de las mujeres y de los trabajadores, rechazando al mismo tiempo ese romanticismo y sentimentalismo que siempre ha caracterizado la escritura femenina. Un viaje para reclamar una herencia paterna que le correspondía y para el reconocimiento legítimo por parte de su familia peruana, para redescubrir sus raíces personales incluso en el país que pertenece a su difunto padre, en busca del apoyo familiar y de su propio origen e identidad. Sustenta entonces una doble posición: por un lado la europea, como observadora y crítica de la sociedad, por otro la de paria y mujer que quiere transformarse en criolla.

Los viajes de las escritoras latinoamericanas representan también una ocasión para confrontarse con la condición de las mujeres más allá del océano. La peruana Clorinda

Matto de Turner aprovechará de su viaje a Europa para buscar una alianza entre mujeres cultas consagradas como ella al proyecto de modernización del país y a la consolidación de la intelectualidad femenina. A partir de su experiencia, cuyas memorias confluirán en *Viajes de recreo* (1908) y del conocimiento de sociedades diferentes de la suya, Clorinda reflexiona sobre el imaginario americano, sobre la relación entre la metrópolis y sus antiguas colonias y delinea un concepto de hispanismo necesario en el proceso de reconstrucción nacional de finales del siglo XIX, momento de transición importante para las nuevas naciones independientes sudamericanas, donde la mujer será el nuevo sujeto del espacio público.

Sin embargo, el patriarcado sigue desconfiando de las informaciones dadas por las mujeres: pese a que tengan que expresar verdades históricas irrefutables para ganar credibilidad, sus obras sólo muestran puntos de vistas y visiones personales, estereotipos que filtran las imágenes de la sociedad representada.

Además de la preponderancia masculina en el viaje, hay que añadir el mayor interés que desde siempre han suscitado los textos de viaje escritos por europeos sobre aquellos escritos por latinoamericanos.

Na realidade estamos tão acostumados a associar os “viajantes” aos “europeos”, que não os ocorre englobar os latinos-americanos nesta categoria. De fato, tanto as expedições científicas como as viagens européias fomentadas por interesses comerciais tiveram maior vulto, ao menos em termos de quantidade, do que a dos latinos-americanos à Europa ou a outras partes do mundo (Scatena Franco, 2008).

La lógica imperial que fomentó la expansión europea en América Latina es probablemente una de las causas que favoreció los viajeros europeos en lugar de los latinos, para los cuales América se configuraba como un gran territorio virgen a conquistar y a explorar para sacar riquezas y resultados científicos. Se añade, además, cierta ignorancia a nivel político y cultural que hizo del vasto continente latinoamericano un botín fácil a subyugar y transformar, y mantener al mismo tiempo la centralidad europea, creando entonces una relación de verticalidad entre Viejo y Nuevo Mundo y haciendo del concepto de alteridad un sinónimo de autoridad. De esta manera, el Nuevo Mundo se ha convertido en objeto de atención, país visitado y no visitante.

No obstante, se ha observado como a finales del siglo XIX hay una inversión de tendencia.

La profunda movilidad coincide con un periodo de intensa urbanización y con los procesos de democratización que implican el nacimiento de nuevos actores sociales, las clases medias y el proletariado urbano y una remodelación de las estructuras, libres ahora del poder de los criollos. Estas transformaciones contemplan también el ingreso de la mujer al mundo del trabajo, de la educación y a la vez la transformación de su cuerpo.

Sobre el camino del viejo perfil de las ciudades coloniales, abiertas ahora por las grandes avenidas según el modelo de Haussmans, con sus agitados centros comerciales, se recortan las imágenes de una nueva mujer: empleadas de servicios, amas de casa, maestras, oficinistas, dependientas, obreras y algunas profesionales, las mujeres ganan la calle. Abandonan el recinto interior de las casas del XIX dividido entre señoras y criadas, para ser objeto de una publicidad que masivamente propone ideales de cuerpos modernos: blancos, rubios, jóvenes, “vestidos a la última moda de París”, como diría Darío (Mattalía, 2003: 143).

La “nueva mujer” encuentra un espacio relevante en esta sociedad donde empieza a expandir el mercado de los bienes de consumo producidos en las capitales suramericanas y donde se registra un incremento del número de las mujeres como consumidoras. La mujer se convierte a todos los efectos en un sujeto social y empieza a estructurar sus reivindicaciones. El modelo del cuerpo femenino se hace objeto de nueva atención, dirigido a la emergente sociedad consumista que marca una divergencia no sólo entre hombre y mujer, sino también entre las mismas mujeres, según sus diferencias de clase. El cuerpo de la mujer se trata ahora de forma distante y a menudo irónica: no más motivo de conflicto, asunto intimista que había llevado a la reflexión sobre la desviación del cuerpo femenino como hecho natural, sino imaginario crítico y elemento de producción de representaciones sociales.

Las mujeres de la sociedad latinoamericana de finales del Ochocientos, catapultadas en pleno proceso de modernización, están integradas en un nuevo ritmo que denota mayor libertad incluso hacia el lenguaje. Un lenguaje a menudo sarcástico que denuncia el silencio de las voces femeninas que no llegan a la escritura. Las mujeres emergen entonces con potencia en la institución literaria: las argentinas Alfonsina Storni o Victoria Ocampo, la uruguaya Delmira Agustini, las chilenas Gabriela Mistral y María Luisa Bombal, la venezolana Teresa de la Parra se ponen en marcha para buscar sus fundamentos culturales y consolidan una tradición negada, o sea la historia de sus letras. Algunas provenientes de las

clases obreras o medias se mueven hacia una radicalización feminista, otras reivindican sus derechos desde el alto de la clase aristocrática pero preocupadas por que los procesos modernizadores puedan negarle esa estabilidad que la sociedad le había garantizado.

El nuevo compromiso de las mujeres con la causa latinoamericana en los albores del siglo XX marca el inicio de las peregrinaciones intelectuales y políticas. Las mujeres que viajan poniendo por escrito sus experiencias representan un desafío a su destino que las lleva a cruzar las fronteras para luego reunirse con un colectivo de mujeres junto con las que adquieren el poder de nombrar al Otro.

El papel de la mujer en la configuración nacional se vuelve decisivo, al tiempo que opresivo. El “ángel del hogar”, madre y esposa del buen ciudadano, será el modelo impuesto por la época. El juego de espacios y la distribución de roles se encontrarán plenamente definidos. Por eso la viajera, como la escritora, todavía más si estas determinaciones coinciden, ocupa el espacio del margen, ya que desafía las funciones que su sociedad le impone y se otorga otras nuevas, dado que se mueve entre fronteras y desestabiliza etiquetas y categorías para ser “otra”, como gesto de auto-afirmación política (Ferrús Antón, 2011: 18).

En este sentido una de las viajeras más importantes es Gabriela Mistral, la primera mujer que recibe el Premio Nobel de literatura en el continente suramericano, poetisa viajera que dedicó parte de sus trabajos a la geografía recorrida. En ella el viaje es alegoría que articula el discurso y experiencia real a la vez. Del viaje a Punta Arenas, en el sur de Chile, al primer desplazamiento fuera del país en Méjico hasta sus recorridos por Europa, Gabriela, la “patiloca”, no deja nunca de moverse. Un vagabundeo que halla espacio en su escritura, un andariego casi enfermo, obsesivo, de un espíritu libre y cuyo errar es una forma para huir del papel femenino tradicional, centrado en la reproducción y en el sedentarismo. Se define por tanto como sujeto de la diferencia femenina ya no vinculado al espacio doméstico y familiar. Como muchos otros escritores, necesita alejarse de su país para poder apreciarlo, una tierra que ama y de la cual siente nostalgia pero donde no quiere volver. El viaje es, pues, experiencia de formación, rechazo de la domesticidad y construcción de la propia identidad. Identidad continental y nacional a la vez que es la clave de la americanidad, una búsqueda que escritores e intelectuales siguen efectuando incluso a principio del siglo XX, tentando definir un país con un desarrollo discontinuo y fragmentario que ha avanzado en su devenir histórico por eventos exteriores.

Los suramericanos, “almas sin pasaporte”, según la definición de Victoria Ocampo, fatigan en encontrar su esencia, empapada de indigenismo y de europeísmo, una dialéctica entre ser y deber ser que ha llevado a una distorsión cultural y a la creación de hombres sin referencias espaciales, temporales e históricas, con un sentimiento de vacío existencial.

Un conflicto presente en la misma Ocampo que en su *Autobiografía* (1979-1984) recrea sueños y deseos de los argentinos de viaje hacia Europa, un viaje que pertenece al imaginario colectivo de la época.

Una vez constatado que el viaje al interior, a la pampa o a la selva, no sirve para la creación de un centro vital unificado, se proyectan hacia el externo.

En Europa se buscan las propias raíces, para entender la propia identidad nacional y conocerse como individuos, pero lo que se encuentra es el reflejo de sí mismo; vuelve a proponerse, pues, esa sensación de aislamiento que se tiene en la propia tierra.

El Viejo Continente, idealizado en un primer momento, no hace más que poner en evidencia las propias contradicciones y ambivalencias. El viaje se hace entonces búsqueda desesperada, condición nómada, periplo sin fin.

Ese de Alfonsina Storni marca toda su poesía, espíritu colombino impreso probablemente por sus padres suizos emigrados a Argentina, que la lleva a interesarse en la vida errante y la ve con tan sólo quince años vagando con una compañía de teatro. Se trata en realidad de un ejemplo de escritoras hipersensibles e inadecuadas, agresivas consigo mismas, enigmáticas y agobiadas. Muchas de ellas, como la misma Alfonsina, encuentran una solución a sus penas en el suicidio. Su escritura viola las normas formales y desequilibra el panorama narrativo de la época dominado por las innovaciones experimentales de las vanguardias. Ponen en duda la validez de los discursos heredados del mundo masculino, del cual rechazan la figura paternal como modelo de significación social; promueven la amistad entre mujeres que conduce a una nueva restructuración del yo y a una nueva conciencia del cuerpo. Las mujeres empiezan a reunirse, a salir de los esquemas impuestos y de sus fronteras geográficas, a confrontarse, a organizarse en grupos que desembocarán en los movimientos feministas, volviéndose un canal de comunicación y de información incluso para esas mujeres que aun no saben que se puede luchar.

Para ellas el feminismo representa un instrumento para denunciar la explotación del sexo femenino y para fomentar la formación de una conciencia crítica que permita a la mujer

acceder a los modelos teóricos necesarios para su transformación intelectual y para la legitimación de su papel social.

Gracias a sus aportaciones intelectuales ha sido posible redefinir el perfil de la mujer latinoamericana y sale a la luz la formación del alma americana.

Concentrarse en el “alma” no necesariamente implica hablar desde el tópico de la espiritualización de las mujeres, sino de un punto de vista que juzga y desecha las concepciones positivistas de la historia, para esbozar estructuras de sentimiento que deshacen la linealidad del discurso historiográfico (Mattalia, 2003: 161).

Nunca perteneció a la mujer el tiempo de la historia, de siempre prerrogativa masculina: a ella se encomendó un espacio reproductor, a la espera del hombre o de sus hijos. Hoy, en cambio, el espacio generador no es el único donde se mueve la mujer, ocupada más que nunca a reconocer su propio yo y a reivindicar esa sexualidad que le fue censurada: el estilo autobiográfico representa un modo de identificación, una necesidad de revalorar el yo autoral desde una posición de marginalidad cultural.

La escritura de las mujeres hizo sus progresos con la adquisición de los derechos sociales y políticos y de un lugar con espacio para su cuerpo, sus pensamientos, su imaginación, en una sola palabra para su libertad.

Las mujeres han salido a la luz y ya no escriben encerradas en sus casas, en conventos o en prisiones. Viajan por amor, para huir de la realidad, para dar un sentido a sus vidas o simplemente por pasión. Han tomado posesión de la pluma y han empezado a exigir un reconocimiento del puesto que ocupan, definiéndose verdaderas “transculturadoras”, como las definió la periodista y escritora boliviana Gabriela Ovando, “traductoras de realidades y quimeras”, articuladoras de las diferencias y mediadoras de los antagonismos. Nace entonces una literatura femenina que no puede ser algo homogéneo, no confluye en una sola mirada y no responde a una sola voz: es una pluralidad de escrituras, de voces y de pensamientos, una mezcla poliédrica y variada.

Bibliografía

Andreo García, Juan, Guardia, Sara Beatriz, eds., *Historia de las mujeres en América Latina*, Simposio Internacional La Mujer en la Historia de América Latina (2º, 2000, Lima), Murcia, Universidad de Murcia, 2002.

Antonucci, Fausta, Tedeschi, Stefano, *Letteratura Ispanoamericana. Storie e testi dalla Scoperta al Modernismo*, Roma, Aracne, 2008.

Arambel-Guiñazú, María Cristina, Martin, Claire Emilie, *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX. Antología*, Tomo II, Madrid, Iberoamericana, 2001.

Encinar, María Ángeles, Löfqvist, Eva, Valcarcel Rivera, Carmen, eds., *Género y géneros: escritura y escritoras iberoamericanas*, Madrid, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2006.

Ferrús Antón, Beatriz, *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2011.

Guardia, Sara Beatriz, *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia*, 1ª ed. Lima, Minerva Miraflores; 4ª ed. 2002.

Guardia, Sara Beatriz, ed., *Mujeres que escriben en América Latina*, Actas Selectas del Tercer Simposio Internacional Escritura Femenina e Historia en América Latina 2006, CEMHAL (Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina), 2007.

Mansilla de García, Eduarda, *Recuerdos de viaje*, Buenos Aires, Juan Alsina, 1882; 1ª ed., Buenos Aires, Edición J.P. Spicer-Escalante, Stockcero, 2006.

Mattalía, Sonia, *Máscaras suele vestir. Pasión y revuelta: escrituras de mujeres en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, 2003.

Matto de Turner, Clorinda, *Viaje de Recreo. España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, Alemania*, Valencia, Sampere, 1909; 1ª ed. Stockcero, Florida, 2010.

McDowell, Linda, *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999

Osorio, Betty, Jaramillo, María Mercedes (organizadoras del proyecto), *Las desobedientes. Mujeres de Nuestra América*, Santafé de Bogotá, Panamericana, 1997.

Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel writing and transculturation*, London, Routledge, 1992.

Scatena Franco, Stella Maris, Introdução in *Peregrinas de Outrora: viajantes latino-americanas no século XIX*, Florianópolis, Santa Cruz do Sul, 2008,

[<http://historiasmujeresviajeras.blogspot.com/2011/07/peregrinas-de-outrora.html>],
04/10/2012.

Serrano, Emilia, *América y sus mujeres*, Fidel Giro, Barcelona, 1890,

[<http://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/21863/1/m004.tei.html#titlePage1>], 04/10/2012.